

PALABRAS DEL DR. GONZALO VAZQUEZ GOMEZ (Catedrático de la Universidad Complutense) en el acto de presentación del libro “A educación en perspectiva. Homenaje a Lisardo Doval Salgado”

Gracias por invitarme a la presentación del libro de homenaje a la memoria del Dr. Lisardo Doval. Dada mi incapacidad para un buen uso del gallego hablado, hablaré en castellano.

En primer lugar, quiero reconocer la justicia del acto que nos congrega; aquella iniciativa de la Universidade de A Coruña y su ulterior asunción e impulso por la de Santiago nos ha puesto a algunos de los muchos amigos del Dr. Lisardo Doval en la situación de dedicarle algunas palabras, primero escritas y aquí orales, en justo recuerdo a su memoria.

En el caso de quien os habla, titulé su breve aportación “La preocupación por el conocimiento” (aludiendo a la preocupación del Dr. Doval); sufrí ahí un pequeño error: hubiera sido más preciso titular el trabajo “La preocupación por el *conocer*” para dar, así, mejor cuenta del carácter dinámico y procesal de la pre-ocupación de nuestro amigo por el conocimiento y la sabiduría.

Hoy, ahora, tengo el privilegio de manifestar una segunda palabra acerca del ausente-presente Dr. Doval. En esta situación no es fácil decir algo nuevo más allá de lo escrito; para salir de tal aprieto, pienso que puede servir lo que me ha sugerido la relectura de lo que aparece ya fijado, escrito, en el libro de homenaje. ¿Qué quise decir y apenas dije en ese momento? (ésta es la limitación de ese escrito, limitación que pretendo reparar ahora). Sencillamente, que el Dr. Doval era, para todos nosotros, para mí desde luego, un amigo, el amigo Lisardo Doval.

De aquí que, si me lo permiten Vds., hablaré de Lisardo Doval como amigo; y, hablando de ellos (de la persona del amigo y del valor de la amistad), seguro que continuaremos contribuyendo a confirmar la inmortalidad, ya ganada, del amigo. Les confieso que se ha producido una suerte de causalidad circular entre pensar en, y con, el amigo y la relectura de ciertos libros a los que hay que volver (sobre todo en esta edad en la que a uno, viejo ya, le va faltando la presencia inmediata de los más próximos).

Me refiero a *De amicitia*, esa querida obra a propósito de la cual, como a la otra aludida, *De senectute*, conviene volver a la siempre placentera experiencia de su relectura. Dos cosas me importa destacar aquí.

Primera. Que Cicerón nos dice que hay cosas (valores: la amistad, la senectud) de las que sólo se puede hablar cuando se habla desde y con quien personifica el valor mismo; discúlpenme Vds. que me atreva, pues, a hablar de la amistad en cuanto supone elevar a pública la condición de la que me he sentido, en lo privado (casi diría, en lo íntimo), partícipe durante estos años desde aquel 6 de mayo de 1976 en el que, viniendo yo a tomar posesión de la plaza de Profesor Agregado Numerario (así nos llamaban entonces), me lo topé en el claustro del Palacio de Fonseca.

Segunda. Que, movido por el motor de la amistad, utilizaré el recurso de llamarle, hasta el fin, al Dr. Lisardo Doval Salgado simplemente “Lisardo”, o el “amigo Lisardo”: ya se sabe que la amistad allana obstáculos. También el autor de *De amicitia* hace otro tanto y pone en el diálogo a sus personajes amigos (Scevola, Fanio, Lelio) hablando de la amistad sobre un amigo desaparecido (P. Escipión). Este diálogo sirve a dos fines: hablar a, con, un amigo (Cicerón-Ático; Lisardo-y yo mismo, Lisardo-y nosotros mismos).

Hice, como he dicho, una lectura, por así decirlo, triangular entre el amigo, el texto y el amigo y lector.

Y de esta lectura dialógica he aprendido algunas lecciones y derivado ciertas consideraciones que me atrevo a exponer seguidamente. Nada original podrá advertirse en ellas, pero sí, por mi parte, algo muy auténtico, a saber, que una vez más, y gracias a Lisardo, hemos podido beneficiarnos de la función pedagógica de la amistad. La amistad es el reino de la *auctoritas*, sin resto alguno, ni de *utilitas*, ni de *potestas*; la amistad es el reino y la expresión del desinterés; quienes gozan de la amistad, gozan de una pasión perfectamente in-útil.

Reconociendo el papel de Lisardo como *pedagogo*, esto es, como aumentador de nuestro valor, manifestemos algunas cosas que, en esta narración triangular, se nos presentan como inmediatas. Me gustaría referirlas como simples sugerencias.

Hablar del y con el amigo es una obligación que nos ata desde el deber; constituía, pues, un deber escribir este “*liber amicorum*” y realizar este acto en el día de hoy. Si no se hubiera hecho, habríamos faltado, no sólo a la memoria del amigo, de quien, a fin de cuentas, creemos, según las creencias de nuestros mayores, que nos precede en el sobrevivir y en el mejor vivir. Habríamos quebrado uno de los deberes más graves de la aventura humana: mantener el sentido de la realidad, hacer justicia a los hombres y hacer públicos (quiero decir, compartidos) sus valores.

Para no mostrarnos egoístas, no debemos estar hoy apesadumbrados, pues esto sería muestra de mirarnos, cada uno de nosotros, a nosotros mismos, en lugar de mirar a lo que nos supera: la amistad; también aquí nos sirve el ciceroniano: “nada malo ha ocurrido a Escipión (a Lisardo)”, “si algo malo ha sucedido, a mí me ha sucedido; y no debo hablar de mis males”. Éste es un día de memoria y de fiesta académicas. Gocémoslas a ambas, pues.

La amistad está emparentada con la sabiduría y resulta acrecida por ella; en consecuencia, el amigo es justo, generoso y amable. Y difusivo, como difusiva fue la personalidad de Lisardo; ¿lo recordáis?: hablaba siempre sin prisa, con cada uno de nosotros.

A fuer de clásico, y de amigo de los clásicos, Lisardo resultaba un hombre planamente vigente en estos tiempos postmodernos. Tengo para mí que uno de los cambios críticos de la actual forma de vida es la que concurre en la forma de vivir el tiempo; el amigo Lisardo era, es, la voz que nos acompaña sin prisa en cualquier momento, haciendo de cada situación un gozoso encuentro; él, que estudió las aportaciones cognitivas a la educación y a la pedagogía, vivía con plenitud el valor de la disponibilidad como forma de salir al encuentro de la realidad, de las cosas y de las personas.

Esta disponibilidad hacia el conjunto de las personas se cumplimenta plenamente desde la capacidad propia del sujeto inteligente, de quien es capaz de captar el sentido implícito, profundo, de las cosas y de quien sabe poner las cosas mismas en relación. Se logra así esa peculiar forma de ver la realidad en términos campales y de sentido. Los acontecimientos devienen así en un acontecer significativo, posibilitado desde la memoria y abierto al futuro como sistema de posibilidades.

Memoria, inteligencia y emoción se dan la mano y orientan el curso vital hacia un mejor proceder. Esta modalidad de inteligencia, propia, creo, de Lisardo, es un tipo de memoria amistosa (congeniable, interactiva, fecunda) con las cosas. Y con las personas, en la formalidad educativa. Si, como apuntara Marcel, el hombre es quien da continuamente más de sí, esta forma de entender las cosas tiene un profundo calado desde el que se puede entrar en relación con los más diversos problemas, experiencias y personas. Lisardo hablaba con perspectiva y respectividad de los más diversos acontecimientos y problemas.

Casi para concluir no puedo por menos que evocar otra condición de la amistosa personalidad de aquél a quien convocamos hoy. Su forma de vivir la amistad como un pervivir. Alguien, con mayor fortuna que la mía (quiero decir, con la fortuna de quien lea a diario a filósofos y a físicos) podría decir esto de una manera más ajustada. En todo caso, lo que pretendo afirmar es que el tratamiento (la vivencia) espacial, y no simplemente lineal, del tiempo nos permite conservar en el tiempo categorías y valores que no practicamos cotidianamente, bien sea por nuestra lejanía “física” de una persona, de una lectura, de una tierra, no digamos de un mito o de un valor.

Esto es lo que ha hecho posible que, en mi caso, faltando de esta querida *terra galega* (del lar de algunos de mis más viejos y conocidos antepasados), faltando, digo, desde hace dos decenios, no haya perdido la ligazón con Lisardo, ni hube dejado de experimentar las expresiones de su amistad cada vez que, a lo largo de estos años pasados, pude volver a esta vieja y querida universidad. Su buena condición le hacía tener (mantener) amigos en la lejanía; fuera en la lejanía física, fuera en la lejanía de la geografía académica; más allá de cualquier adscripción a parcelas del conocimiento. Su formación humanística, humanista, humana, y ese peculiar talante abierto y *circum-specto* (quiero decir, de quien sabe mirar en su alrededor y crear derredor) le posibilitaba que el diálogo amistoso no quedara acallado por una medida corta de la distancia o de la pertenencia.

Estimados amigos: esta breve reflexión se ha generado como fruto del abrazo amistoso con Lisardo. En su ausencia física démonos todos ese abrazo, entrañable gesto con el que en las viejas universidades (y ésta ha cumplido ya el medio milenio) se daba como señal de acogida a los nuevos doctores, signo de transferencia de la perseverancia en el estudio, de la pulcritud en las formas, de la justicia en los exámenes, de la bonhomía en las relaciones personales. Se acogía y se acoge así a los nuevos miembros de la comunidad académica asegurando su coherencia (dentro de la pluralidad que ha de regir siempre las ideas universitarias). Con este abrazo hemos verificado lo que se dice en *Gorgias* (507e-508a):

La comunidad y la amistad mantienen la cohesión del cosmos por cuanto se basan ambas en el imperio del bien como medida de todas las cosas.

Permitidme que, *ex abundantia cordis*, termine con tres vivas y una palabra de gratitud. ¡Viva la amistad y vivan nuestro amigos! ¡Viva, crezca y florezca nuestra Universidad de Santiago!

La buena memoria y la amistad del Dr. D. Lisardo Doval Salgado constituye ya, para siempre, parte del capital de este “alma mater”. Así lo reconoce y así es el sincero deseo de este amigo del amigo de todos nosotros. Gracias. *Graciñas*.